

y linda joven pálida y clorótica; su barba pequeña, su boca diminuta, las curvas todas de su rostro, muy graciosas. Vestida de blanco, rodeada su cabeza de blancos lienzos, parece dispuesta así para modelo como una figura de estudio. Es interesante y enfermiza; quitadle la palidez que le produce su triste estado y queda hecha una agradable damisela como la Virgen de *La Anunciación* del Louvre ante el ángel, que es por su parte un gracioso paje: he ahí motivos para hacer correr á los compositores de sonetos y á las bellas damas.

LAS IGLESIAS

16 de Marzo

Parece que tus amigos me acusan de ser irreverente. Cuando se está en Roma, dicen, es para admirar y no para fijarse en que los mendigos están sucios y que en los rincones de las calles hay tronchos de col. Como gustéis, queridos, pero voy á escandalizaros aun más en adelante. Decís que he venido aquí en la peor estación, que anoto las impresiones del momento, que hablo el lenguaje de un profano, de un simple curioso, un aficionado á la historia; que no he manejado el cincel ni los pinceles ni el tiralíneas. Es verdad, pero dejad á cada instrumento que dé el sonido que le es propio; no exijáis un aire aceptado, contrastado y transmitido de organillo en organillo para la mayor gloria de la tradición.

Por ejemplo, yo no podré admitir jamás que las iglesias de Roma sean cristianas, y creed que me disgusta mucho, porque me será tomado á mal seguramente. Si hay un lugar en el mundo á propósito para experimentar la ternura, la compunción, la veneración y el sentimiento grandioso y doliente del infinito, del *más allá*, es aquí; mas, por desgracia, sólo se experimentan los sentimientos contrarios. ¡Cuántas veces, por contraste,

he pensado en las iglesias góticas: Reims, Chartres, París, Estrasburgo sobre todo! Hacia tres meses que había yo vuelto á ver la catedral de Estrasburgo, y había pasado una mañana solo en su enorme nave inundada de sombra. Una luz extraña, una especie de púrpura tenebrosa y movable moría en la negrura insondable. En el fondo, el coro y el ábside, con su círculo macizo de pilares redondos, la fuerte iglesia primitiva y medio romana desaparecían en la noche, vástago antiguo hundido en la tierra, tronco potente, grueso é indestructible, alrededor del cual había venido á extenderse y florecer toda la vegetación gótica. Nada de sillas en la gran nave; apenas cinco ó seis fieles arrodillados ó errantes como sombras. El miserable menaje, la prendería del culto ordinario, la agitación de los insectos humanos no venían á turbar el sagrado de la soledad. El ancho espacio entre los pilares se destacaba obscuro bajo la bóveda poblada de claridades dudosas y de tinieblas casi impalpables. Encima del coro, todo él en obscuridad, una sola ventana luminosa se distinguía llena de figuras radiantes, como una abertura sobre el paraíso.

El coro estaba lleno de sacerdotes, pero desde el ingreso nada se distinguía, tan espesa era la sombra y grande la distancia. Nada de ornamentos visibles ni ídolos diminutos. Solos en la obscuridad, entre las grandes formas que se adivinaban, dos enormes candeleros con sus hachones encendidos lucían á los dos costados del altar, pareciendo dos almas oscilantes. Los cantos sagrados subían y volvían á bajar á intervalos iguales como incensarios que se balancean. A veces las voces claras y lejanas de los niños de coro hacían pensar en una melodía de ángeles y

de tiempo en tiempo una amplia modulación de órgano cubría todos los ruidos con su majestuosa armonía.

Se avanza, y las ideas cristianas invaden el espíritu por un impulso nuevo á medida que un nuevo aspecto se abre ante los ojos. Llegado al ábside, cuando en la cripta desierta y fría se ha visto al gran arzobispo de piedra con su libro en la mano y acostado para una eternidad, como un Faraón sobre su sepulcro, y que al salir de la bóveda mortuoria se revuelve como despertando, el rosetón occidental brilla por cima de la enorme obscuridad de los primeros arcos con su bordado negro y azul, con sus labores de encarnado y violeta, con sus innumerables pétalos de amatista y de esmeralda, con el doloroso y ardiente esplendor de sus piedras místicas, con centelleos entrecruzados de su cruenta magnificencia. Este es el cielo entrevisto en la noche, en sueños, por un alma que ama y que sufre. Debajo, como un bosque mudo del Norte, los pilares extienden sus colosales hileras. La profundidad de las sombras y la violenta oposición de las luces radiantes, son una imagen de la vida cristiana sumergida en este triste mundo con fugas hacia el otro. Al mismo tiempo, de los dos costados, hasta perderse de vista sobre los vidrios, las procesiones violadas y rojas, toda la historia sagrada centelleando en revelaciones apropiadas á la pobre naturaleza humana.

¡Cómo sintieron estos bárbaros de la Edad Media el contraste de las luces y las sombras! ¡Cuántos Rembrandts hubo entre los albañiles que prepararon estas ondulaciones misteriosas de tinieblas y de resplandores! ¡Qué verdad es lo que se dice de que el arte no es sino expresión, que

se trata en él ante todo de tener un alma, que un templo no es un montón de piedras ó una combinación de formas, sino desde luego y únicamente una religión que habla! Esta catedral habla toda ella á los ojos desde la primera mirada, hablaba al primer recién llegado, á un pobre leñador de los Vosgos ó de la Selva Negra, medio bruto embotado y maquinal, cuyo razonamiento no hubiera podido traspasar su gruesa envoltura, pero que su miserable vida en medio de las nieves, su soledad en su choza, sus sueños bajo los pinos batidos por el viento del Norte, habíanla llenado de sensaciones y de instintos, que cada forma y cada color despiertan aquí. El símbolo todo lo da desde el primer golpe y todo lo hace sentir; va derecho al corazón por medio de los ojos, sin tener necesidad de atravesar la facultad razonadora. Un hombre no necesita cultura para verse conmovido por esta enorme alameda de piedra con sus pilares graves y rígidos, regularmente alineados, que no se cansan de sostener esta sublime bóveda. Bástate haber estado durante los meses de invierno bajo los bosques oscuros de las montañas. Hay aquí un mundo, un compendio del mundo grande, tal como el cristianismo lo concibe; subir cuestras, tantear con las dos manos las paredes húmedas, en esta vida tenebrosa entre las vacilaciones de claridades inciertas, entre los murmullos y los cuchicheos desagradables del hormiguero humano, y por consuelo ver allá en las cimas figuras radiantes el manto de azur, los ojos divinos de una Virgen y de un Niño, el buen Cristo tendiendo sus manos bienhechoras, mientras un concierto de notas altas, argentinas, y de aclamaciones triunfantes arrebató el alma en sus espirales y en sus acordes.

17 de Marzo

Estos recuerdos y otros parecidos son los que me enturbian y rebajan, ó mejor dicho, los que me explican las iglesias de Roma. Casi todas son del siglo XVII ó de fines del XVI, y todas modernizadas, llevando la marca de la restauración católica que siguió al concilio de Trento. A partir de esta época, el sentimiento religioso se transforma, todo el ascendiente es de los jesuitas. Tienen ellos un gusto, como tienen una teología y una política. Un concepto nuevo de las cosas divinas y humanas produce una manera nueva de entender la belleza: el hombre habla en sus decoraciones, en sus capiteles y en sus cúpulas, á veces más claramente y siempre con más sinceridad que en sus acciones y en sus escritos.

Para ver este gusto jesuita en todo su brillo hay que ir cerca de la plaza de Venecia al *Gesú*, monumento central de la Compañía, edificado por Vignola y por Santiago della Porta en el último cuarto del siglo XVI. El gran renacimiento pagano continuaba y se alteraba cada vez más. Las bóvedas á plena cintra, la cúpula, las pilastras, los frontispicios, todas las partes mayores de la arquitectura son, como en el Renacimiento mismo, renovadas de lo antiguo; pero el resto es una simple decoración y vuelve al lujo y al melindre. Con la solidez de su asiento y las redondeces de sus formas; con la pomposa majestad de sus pilastras cargadas de capiteles dorados; con sus medias naranjas pintadas, donde se escorzan gran-

des figuras vestidas ó medio desnudas; con sus colores encuadrados en los adornos de la obra; con sus ángeles en relieves, que se salen del reborde de las ménsulas, esta iglesia parece una magnífica sala de banquete de cualquiera casa ayuntamiento que se adorna con toda su vajilla de plata, sus cristales, sus damascos y sus cortinas guarnecidas de encaje para recibir á un monarca y hacer honor á la ciudad. La catedral, de la Edad Media sugería sueños grandiosos y tristes, como el sentimiento de la miseria humana y la adivinación vaga de un reino ideal, donde el corazón que padece encontrará el consuelo y la dicha suprema. El templo de la restauración católica inspira sentimientos de sumisión, de admiración, ó al menos de deferencia, hacia esa personalidad tan poderosa, tan estable desde muy antiguo, sobre todo tan acreditada y tan bien adornada, que se llama la Iglesia.

Una idea parecida á una proclamación, sale de todo este decorado imponente y deslumbrador. «La antigua Roma había reunido el mundo entero en un solo imperio; yo lo renuevo y le sucedo. Lo que aquélla hizo por los cuerpos, lo haré yo por los espíritus. Por medio de mis misiones, mis seminarios y mi jerarquía, yo estableceré la Iglesia universalmente para siempre con gran magnificencia. Esta Iglesia no es, como quieren los protestantes, la asamblea de las almas alarmadas é independientes, cada cual activa y razonadora ante su Biblia y su conciencia; ni, como querían los primeros cristianos, la asamblea de almas tiernas y tristes, místicamente unidas por la comunidad del éxtasis y la esperanza del reino de Dios: es, muy lejos de eso, un cuerpo de potencias ordenadas, una institución santa, subsistente

por sí misma y soberana de los espíritus. No reside en ellos, no depende de ellos, tiene su manantial en sí misma. Es una especie de dios intermedio, que sustituye al otro y está dotado de todos sus derechos.»

Una ambición semejante no deja de tener su grandeza y provoca sentimientos poderosos. Sin duda que nada tiene de común con la vida espiritual interior, diálogo continuo de la conciencia cristiana, ocupada en examinarse delante del Dios justo, sino que es toda humana y se parece al celo que un monje tiene por su orden, al de un francés del siglo XVII por su monarquía; mas por ello, el hombre se siente como comprimido en una gran institución durable que él prefiere á sí mismo, en la cual de sí mismo se olvida y por la cual trabaja y se sacrifica: esta era la pasión de un romano por su Roma.

En efecto, la Roma nueva es á la antigua lo que una de estas iglesias, coronadas de su cúpula, es al panteón de Agripa; quiero decir, una copia alterada, recargada, la misma, por lo tanto, en el fondo, salvo la diferencia de que el gobierno de la segunda Roma, siendo espiritual, no temporal, va del alma al cuerpo, no del cuerpo al alma. En la una, lo mismo que en la otra, se trata de reglamentar la vida humana entera, según cierto plan preconcebido, bajo una autoridad absoluta, fuera de la cual todo ha de parecer desorden y barbarie. Donde la Roma antigua empleaba la fuerza, la nueva emplea la habilidad, precauciones, paciencia y cálculos de la diplomacia y de la política; pero el fondo del corazón no ha cambiado, y en cuanto á los hábitos é indole del alma, nada es más semejante á un senador romano que un prelado católico.

Preciso es colocarse en este punto de vista para comprender los edificios eclesiásticos de Italia, que glorifican, no al cristianismo, sino á la Iglesia. Este nuevo catolicismo se apoya sobre bases numerosas y todas muy fuertes, á saber:

1.^a Sobre la costumbre. El hombre tiene la inteligencia de cordero: de cien personas, no hay tres que tengan el tiempo necesario y el espíritu para formarse por sí mismos una opinión en materia religiosa. Su vida está hecha así del todo; noventa y siete personas la siguen, y de las tres restantes hay dos y media que, habiendo andado á tientas infructuosamente, vuelven fatigadas al sendero trillado.

2.^a Sobre el buen orden regular y el exterior imponente de la institución. Desde el concilio de Trento, la disciplina de la Iglesia se aseguró más firmemente; bajo la oposición de la Reforma, se proveyó á la instrucción y á la decencia del clero.

3.^a Sobre la pompa y el prestigio del culto y de los edificios; sobre las grandes cosas hechas, como son las misiones y las conversiones; sobre la antigüedad de la institución y todo eso que Chateaubriand ha dilucidado con tan bello estilo.

4.^a Sobre la imaginación supersticiosa, más ó menos grande según los climas, muy fuerte en los pueblos del Mediodía, terrible en el momento de la muerte. Un hombre de sangre caliente, de concepciones vivas y apasionadas, siempre es captado por la vista. He conocido á muchos que se creían racionalistas y volterrianos: pues un entierro, la vista de una imagen de la Virgen en su nicho brillante, entre los resplandores de los cirios y las nubes de incienso, los ponía fuera de sí, los postraba en tierra de rodillas. En cabezas de esta laya, la idea no puede resistir á la imagen.

5.^a Sobre la utilidad represiva. Los gobiernos, las gentes formales, propietarios y conservadores, encuentran una policía más: la de las cosas morales.

6.^a Sobre la porción de virtud que se desarrolla. Ciertas almas nacen nobles, ó por delicadeza natural, ó bien por delicadeza natural se encantan ante la poesía de la tradición mística; así, Eugenio de Guérin.

Estas no son más que las líneas generales; hay otros rasgos más particulares, añadidos por los jesuitas, y que son cosa propia de esta asociación. Con sólo dar veinte pasos en su iglesia del Gesú, al punto se las conoce. Entre estas ingeniosas y delicadas manos, la religión se ha hecho mundana, quiere agradar, adorna su templo como un salón, hasta le adorna demasiado, se diría que hace alarde de la riqueza; trata de halagar á los ojos, de deslumbrarlos, de excitar la atención, ya herida, y de parecer galante y vistosa. Las rotondas que hay sobre los dos costados de la nave principal del Gesú son encantadores gabinetes de mármol, frescos y á media obscuridad como *boudoirs* ó cuartos de baño de las bellas aristocráticas. Sus columnas de preciosos mármoles elevan desde todas partes sus fustes pulimentados, donde serpentean matices de naranja, de rosa y verde. Una tapicería de mármoles recubre los muros con sus brillos abigarrados; en las cornisas, bellos ángeles de mármol blanco se abalanzan desplegando sus elegantes piernas. Los dorados, muy profusos, corren entre los capiteles, brillan alrededor de las pinturas, se extienden en glorias por cima de los altares, suben á lo largo de las balaustradas en filetes luminosos, se acumulan en los santuarios formando

ramilletes labrados, pródigas efflorescencias con un aire de fiesta que hace pensar en una galería de príncipe dispuesta para un baile. En estos reflejos amarillos del oro, entre estas incrustaciones de mármoles de colores, á través del ambiente, aun cargado de vagos perfumes de incienso, se ven como removerse grandes grupos estatuarios de mármol blanco que proclaman el nuevo espíritu de la ortodoxia y de la obediencia: *la Religión, que aplasta á la Herejia, la Iglesia, que abate á los falsos doctores*. A la izquierda se levanta el trono del patrón de aquel sitio, el gran altar de San Ignacio, detrás de una balaustrada de bronce toda llena de amables y risueños angelitos dorados que juegan, y todo encuadrado de bolas de ágata, adornado y embellecido de tal manera, que nada le iguala, excepto la armazón y conjunto de figuras, de flameros, de follaje, de dorados que coronan la parte superior, acumulados y mezclados como guarnición de gran chimenea de salón ó como altar portátil callejero. Allá, en la mano del Padre Eterno, se ve el célebre globo, el trozo más grande de lapizlázuli que se conoce; allí está la estatua de plata de San Ignacio, de nueve pies de altura. Un clérigo que está barriendo el pavimento, levanta la cortina para enseñarme las incrustaciones de mármol, pasa complacido su mano por las relucientes ágatas y me habla con pena de los candeleros de oro que fueron robados durante la guerra de la Revolución; se tiene por feliz cuidando aquel altar tan bello, que él prefiere al de la capilla mayor, pues le parece muy sencillo. Luego me excita á volver mañana, para ver por mis propios ojos la estatua de plata de nueve pies de altura, pues hoy está cubierta por las cortinas: «¡Toda de plata, caballero, toda de plata y

de nueve pies de alta! ¡no hay en el mundo cosa parecida!» El campesino ó artesano del siglo XVII se descubría con miedo reverente en la mansión de un personaje tan rico; el caballero y el elegante se encontraban aquí en su mundo, entre muebles tan pomposos y fastuosos como los suyos; además, encontraban aquí mujeres bien vestidas y oían música excelente.

Todo esto forma parte de un sistema. Se halla uno penetrado de él desde que empieza á recorrer el Mediodía. Le he observado ya en Bélgica, en el buen país tranquilo y dócil recobrado por el duque de Parma, en la iglesia de los jesuitas de Amberes, en la decoración interior de casi todas las antiguas catedrales, en este célebre púlpito de Santa Gúdula, verdadero jardín donde se han puesto enrejados, follajes, un pavo real, un águila, todo género de animales, todo el mueblaje del paraíso, Adán y Eva vestidos decentemente, el ángel que quiere encolerizarse, pero tiene el aire de reirse. Tanta cosa jesuítica tiene así el aspecto de la alegría y de la atracción ó excitación, despierta ideas de comodidad y de orden. Por ejemplo, sobre la cabeza del predicador un cielo de cama con nubes parecido al de una alcóba; más alto aún la Virgen, una señorita esbelta y graciosa dispuesta á bailar, con bellos brazos muy delgados. El comentario de estas decoraciones es el *Imago primi saeculi*, soberbio libro con láminas, que es como el programa y manifestación del gusto jesuítico. Se ve al jesuita hecho una nodriza balanceando al divino Niñito, ó bien al jesuita pescador cogiendo almas con un anzuelo; más abajo, versos latinos y versos franceses en estilo de colegio. Estas no son otra cosa que gracias delicadas, melindrosas, juegos de palabras pre-

ciosas, adornos del gusto refinado, dulces insipídeos; en una palabra, todos los dulces de la confitería devota.

Si han fabricado confituras, lo han hecho demostrando genio: la prueba es que de este modo han reconquistado la mitad de Europa, y si han llegado á conseguirlo, es que han hallado una de las ideas capitales de su tiempo. En este momento, el catolicismo no debía hacer un cuarto de conversión para poder subsistir, y por ellos lo ha hecho. Después del glorioso y universal renacimiento, en medio de estas industrias, de estas artes y de estas ciencias nuevas que abrigaban, embellecían y ampliaban la vida humana, la religión ascética de la Edad Media no podía perdurar. No se podía ya mirar el mundo como un calabozo, ni al hombre como á un gusano de la tierra, ni la Naturaleza como un velo frágil y temporal desgraciadamente interpuesto entre Dios y el alma para dejar entrever acá y allá por sus desgarrones el mundo sobrenatural, único sólido y subsistente. Se había tomado confianza en la fuerza y en la razón humanas; se comenzaba á sentir la estabilidad de las leyes naturales, se gozaba casi de la protección establecida por las monarquías regulares; se gustaba ávidamente del bienestar que todos los manantiales arrojaban á torrentes. Habían vuelto la salud y el vigor, y bien nutridos los músculos, bien equilibrado el cerebro, la cálida y roja onda de la vida, abundantemente difundida en las venas, repugnaba la fiebre mística, las dolorosas visiones, las angustias y los impetus extáticos que habían producido la sequedad debilitante del ayuno y la turbación de los nervios sobreexcitados. Era preciso que la religión se acomodase á la nueva condición de los hom-

bres; tenía que atemperarse, retirar ó alejar la maldición que había echado sobre la tierra; autorizar ó tolerar los instintos naturales; aceptar abiertamente ó por medio de un hábil rodeo la expansión de la vida temporal y no condenar ya en adelante el que se buscara y se tuviera gusto por el bienestar. Se conformó la religión con el tiempo, y así en el Norte como en el Mediodía, entre los pueblos germánicos como entre los latinos, se vió al cristianismo aproximarse irremisiblemente al mundo que maldijera. El cristiano protestante honra y canoniza el libre examen, el trabajo útil, el casamiento serio, la vida de familia, la honesta adquisición de la riqueza, el goce moderado de las alegrías domésticas y de las comodidades materiales. «Nuestro asunto—decía Addison—es llegar aquí bajo á la vida cómoda y allá arriba á la vida feliz.» El jesuita atenuó la espantable doctrina de la gracia, desfiguró las prescripciones rígidas de los concilios y de los Santos Padres, inventó la dirección espiritual indulgente, la moral relajada, la casuística acomodaticia, la devoción fácil, y por medio del más hábil empleo de las distinciones teológicas, las restricciones, las interpretaciones, las probabilidades y todas las especuras laberínticas de la teología complaciente llegó á devolver al hombre la libertad del placer. «Divertíos, sed jóvenes: únicamente os exigimos que vengáis de cuando en cuando á contarnos vuestros negocios. Creed por lo demás que os prestaremos gustosos pequeños servicios muy gratos.»

Mas para relajar un freno era preciso asegurar otro. Contra los desarroglos de los instintos medio desencadenados, el protestante había inventado una barrera en el aviso de la conciencia,

en el llamamiento á la razón, en el desarrollo de la acción ordenada y laboriosa. El jesuita buscó el dique en la dirección metódica y mecánica de la imaginación. Este fué su alarde de genio. Descubrió en la naturaleza humana una armadura desconocida y profunda que sirve de sostén á todas las otras, y que una vez inclinada en un sentido comunica su dirección al resto del individuo, de modo que en adelante todo rueda sobre la pendiente así practicada y dispuesta. Nuestro fondo íntimo no es la razón y el razonamiento, son las imágenes. Las figuras sencillas de las cosas, una vez llevadas á nuestro cerebro, allí se ordenan, se repiten, se mezclan con afinidades y adherencias involuntarias: cuando por consecuencia obramos, es en el sentido y por el impulso de las fuerzas así producidas y nuestra voluntad toda entera como una vegetación visible produce semillas invisibles que la fermentación interior ha hecho germinar sin nuestro concurso. El que llega á ser dueño de la concavidad oscura donde esta operación se verifica, es dueño del hombre, no hay más que sembrar granos y dirigir la germinación subterránea, que la planta crecida será lo que al dueño le plazca. Hay que leer los ejercicios espirituales, *Exercitia spiritualia*, de San Ignacio, para saber cómo sin poesía, sin filosofía, sin empleo alguno de las fuerzas nobles de la religión, es posible apoderarse del hombre. Los jesuitas tienen una receta para hacer devotas á las gentes y la aplican en sus *retiros*: el efecto es seguro.

«El primer punto—dicen estos astutos psicólogos—es formar el lugar en la imaginación, esto es, figurarse que se ven las sinagogas, las posesiones, los pueblos que Jesucristo recorría en sus

predicaciones... es necesario representarse por una especie de visión de la imaginativa un sitio material, como un templo ó una montaña, sobre la cual encontramos á Jesucristo ó á la Virgen María y las otras cosas que se relacionan con la meditación...» «El segundo punto es oír por el sentido interior lo que dicen todos los personajes, por ejemplo, las personas divinas, conversando juntas en el cielo sobre la redención del género humano, ó bien la Virgen y el ángel en un cuartito tratando juntos y á solas del misterio de la encarnación... Si nuestra meditación tiene por fondo una cosa incorpórea, como por ejemplo, la consideración de los pecados, se podrá construir el lugar de tal suerte, que por la imaginación veamos nuestra alma encadenada como en una cárcel en este cuerpo corruptible, y al hombre mismo desterrado en este valle de lágrimas entre las bestias feroces.» Asimismo, para sentir bien la condición del cristiano, es conveniente figurarse dos ejércitos: Cristo con los santos y los ángeles en un vasto campo, cerca de Jerusalén, y Lucifer, «jefe de los ímptos, en otro campo, cerca de Babilonia, sentado sobre un trono lleno de fuego y de humo, horrible de aspecto y aterradora su faz. En seguida habrá que poner ante la vista al mismo Lucifer, convocando á los innumerables demonios y enviándolos á hacer daño por todo el universo, sin que ninguna ciudad, lugar ó clase de personas quede libre de sus ataques.» Todas las vueltas de esta rueda son completas. Si se trata del infierno, «el primer punto es contemplar con la imaginación las vastos incendios de los infiernos y las almas encerradas en ciertos suplicios ardientes, á manera de calabozos. El segundo es escuchar con la imaginación las quejas, los sollo-

zos, los gritos que lanzan los condenados contra Cristo y los santos. El tercero es respirar con la imaginación el humo, el azufre y el hedor de una especie de sentina ó bóveda de polvo y podredumbre. El cuarto es gustar también con la imaginación las cosas más amargas, como las lágrimas, la acritud y el gusano de la conciencia. El quinto es tocar en los fuegos cuyo contacto consume las almas.» Cada diente de este engranaje muerde á su vez: desde luego las imágenes de la vista, después las del oído, después las del olfato, del gusto, del tacto; la repetición y la persistencia del choque, profundizan la huella. Cinco horas por día se meditará de este modo. No será permitido distraerse en los intervalos de descanso. No se verá á nadie de fuera. Se evitará el hablar á los mismos religiosos de la casa. Se evitará leer ó escribir cosa alguna que no sea referente á la meditación del día. Se volverá á lo mismo en la noche. Realizada la experiencia, este tratamiento ha producido su efecto en cuatro semanas. A mi juicio esto es bastante: conozco buen número de personas que con este régimen al cabo de quince días se habrían llenado de alucinaciones; con diez bastaría para destrozarse una cabeza caliente, la de una mujer, la de un niño, un cerebro débil y triste. Así, machacado y hundido, la huella es indestructible. Podéis dejar pasar el torrente de las pasiones y de la vida mundana; en veinte años, en treinta, á la proximidad de la muerte, al tiempo de las grandes angustias, se verá reaparecer la marca profunda sobre la cual en vano se habrá pasado, sin borrarla jamás.

18 de Marzo

Santa María del Pópulo, Santa María de la Victoria, los conventos, el Quirinal

Hoy hemos ido á cinco ó seis iglesias; la arquitectura es aquí frecuentemente ampulosa y afectada, extravagante, si se quiere, pero jamás ramplona y vulgar.

Empezamos por Santa María del Pópulo, que es del siglo XV, modernizada por Bernini, pero todavía una obra seria. Amplias arcadas se despliegan en hileras y separan la nave central de las laterales, produciendo todas estas curvas robustas un efecto grave y grandioso. Gran número de tumbas llevan la impresión del ánimo hasta la emoción trágica. La iglesia está poblada de muertos; veinte cardenales tienen en ella sus sepulcros. Las estatuas duermen sobre la piedra, unas efigies parecen dormir medio acostadas y otras parece que oran; frecuentemente no ostenta el sepulcro más que un busto, á veces una sola cabeza de muerto encima de una inscripción y de un historial. Muchos sepulcros se hallan en el pavimento; los pies de los fieles han desgastado el relieve de sus inscripciones y figuras. Por todas partes la muerte está presente y palpable. Se siente que bajo la losa funeraria hay osamentas, restos miserables de un hombre: estas formas frías del mármol inmóvil, que reposan eternamente en el rincón de una capilla alzando algunas su dedo

descarnado, son todo lo que resta de una vida calurosa y vibrante, que se abrasó en grandes brillantes y esplendores ante los ojos del mundo, para no dejar de sí misma otra cosa que un montoncito de cenizas. Nuestras iglesias de Francia no ofrecen esta pompa mortuoria. En este cementerio de mármol, entre estas magnificencias y estas amenazas, ante estas capillas tan brillantes como el ágata y adornadas de huesos que se cruzan en forma de X, ante estas estatuas de santos imponentes y estos cráneos de cobre que relucen incrustados en la piedra, se asombra uno y no deja de sentir algún miedo.

Con decoraciones ricas como estas y monumentos mortuorios de tal apariencia, se deslumbra á las buenas gentes en nuestros teatros populares.

El procedimiento es todavía más visible en el convento de capuchinos de la plaza Barberini. Al llegar hemos tropezado con un entierro que pasaba. Detrás del muerto iban en procesión unos monjes blancos con cirios en las manos y relucientes sus negros ojos, única cosa viva de sus personas á través de las cogullas. Seguía una segunda fila, la de los capuchinos, algunos con barbas grises, la cabeza blanca totalmente y pasando en sus dedos las cuentas de sus rosarios y cantando no sé qué salmodia lúgubre. Iguales á ellos los vemos en la ópera, donde sólo producen gana de reír. Aquí lo terrible de la muerte se apodera de uno al ver ese espectáculo en las calles.

Entramos en el convento, que nada tiene de particular. Su extensa arcada interior está cubierta de retratos, bastante malos, de frailes ya difuntos, con inscripciones en verso sobre la muerte, muy edificantes, quiero decir, terroríficas. Estos

pobres hombres, casi todos de edad madura, inútiles, sin parientes, sin amigos, habiendo empleado su vida en extinguirse, dan pena ciertamente al verlos. Sobre los muros hay carteles impresos indicando las plegarias y estaciones de la semana santa, que proporcionan la indulgencia plenaria y después las prácticas de menor eficacia, mediante las cuales se ganan diez años de indulgencia aplicables á otra persona, esto es, transmisibles. ¿Y en qué puede pensar aquí un fraile vulgar sino en proveerse de indulgencias y perdones? Es un buen capital á ganar; si el fraile tiene amigos, un sobrino, un apadrinado en el bautismo ó un padre anciano ya fallecido, puede así hacerles un buen regalo en el otro mundo. Todo su cuidado debe consistir en emplear bien el tiempo, en escoger capillas de las más fructuosas en indulgencias, en hacer genuflexiones y cuantos rezos le sea posible. Si se conduce bien y es asiduo, él salvará cinco ó seis almas además de la suya. El gran San Alfonso de Ligorio, que fué el teólogo más acreditado del siglo XVIII, sostenía este principio: un cristiano celoso está casi cierto de evitar el infierno, pero como nadie está exento de pecado, ese cristiano puede vivir casi seguro de no evitar el purgatorio; por lo tanto, si es sensato algo añadirá diariamente á su capital de indulgencias. Supongamos que sólo gana cien días de indulgencia (en el día de hoy, y con una simple oración, puede conseguirlo): pues saldrá del purgatorio tres meses y diez días antes.

A falta de recursos para abrirse camino y por pobreza, los campesinos deben proveer de reclusas á los conventos, y una vez hechos frailes, atesorar indulgencias como un labrador acumula escudos; esta ocupación es adecuada á su condi-

ción, á su educación y á su inteligencia. Además, salen á la calle y por cinco sueldos acompañan á los muertos en los entierros. Como la orden de San Francisco ha conservado algo de su antiguo espíritu popular, sus frailes gustan de visitar á las buenas mujeres, indican remedios caseros, enseñan oraciones y dan amuletos; además ofrecen un polvo de rapé y enseñan la receta de ciertas ensaladas. Cerca de cuatro mil frailes hay en Roma.

Hemos recorrido la iglesia y hemos visto muchos cuadros del Guido, un encantador *San Miguel* con las piernas desnudas, calzado con botines, amable y brillante paje militar que tiene cabeza de enamorado, é inmediato á él, como por contraste, un *San Francisco* del Dominiquino, pálido, seco y consumido. En otro departamento está la celda de un fraile célebre; en ella han puesto un altar donde el Papa suele venir á celebrar la misa. Todos estos rasgos de la Edad Media ascética, esta devoción de niños ó de bárbaros, esta manera de exaltar y debilitar al hombre me dejan desolado al contemplarlos. El hermano lego que nos guiaba es casi un loco, un idiota triste; da grandes suspiros, repite siempre las mismas palabras con una voz descompuesta y turbada, y teniendo los ojos extraviados.—*Intende poco*—nos dice el hermano que le reemplaza.

Este nos lleva á la capilla subterránea, horrible y asombroso montón de momias. Cinco años bastan para que la tierra del cementerio pueda devolver un cuerpo momificado. Entonces lo preparan y lo exponen en esta exhibición macabra y asquerosa. Cuatro estancias hay llenas de estos esqueletos (algunos vestidos con sus hábitos), y se los ve agrupados decorativamente. Los fémures, los omoplatos, los húmeros y los bacinetes for-

man ramos y guirnaldas repugnantes á manera de horrible entapizado. Un gusto singular por lo refinadamente fúnebre ha presidido á la disposición de todo este extraño mueblaje ó adorno. A veces, un cráneo al final de una cadena de vértebras descende del techo formando una lámpara colgada; dos brazos con sus articulaciones y las nudosas manos extendidas, se corresponden á manera de adornos de chimenea. Los huesos huecos de la cadera se amontonan los unos bajo los otros como filas de jarros sobre un escaparate. Sobre todo el muro y toda la bóveda se ven correr huesos pequeños en dibujos contorneados y en caprichosos arabescos. Acá y allá, en un rincón, un matorral de cajas torácicas eriza sus pisos blanquecinos de clavículas y de costillas. El suelo es una hilera de fosas, las unas llenas, las otras en espera de carne muerta. Los difuntos nuevos están vestidos con su hábito: el hermano guía nos enseñó uno, amigo suyo, muerto en 1858; era bastante alto, pero el cementerio no lo había reducido y atenuado, al extremo de que su piel amarilla caía sobre sus brazos rígidos, sobre su cara, cuya carne parecía haberse fundido. El hermano añadía que había dos religiosos muy enfermos, que el uno moriría probablemente aquella noche, y nos enseñó la fosa ya hecha. Este pobre hombre, con su barba gris y sus ojos hundidos, tiene el aire más alegre y satisfecho, y se ríe. Imposible describir el efecto de esta alegría en semejante lugar y con este motivo: pensad que este fraile viene á orar todos los días en esta capilla, y comprended por cuáles resortes corporales debe comprimir y debilitar al hombre una máquina de tal modo dispuesta.

Teníamos necesidad de cambiar de ambiente

y nos fuimos á toda prisa de allí á Santa María degli Angeli. Era ésta la biblioteca de las Térmias de Diocleciano. Aquí venían los romanos después de bañarse á conversar y pasar las horas calurosas del día. Miguel Angel ha hecho de la biblioteca una iglesia, y bajo el pontificado de Benedicto XIV, Vanvitelli ha retocado todo el edificio. Nada puede imaginarse mejor entendido, mejor ventilado y más serio que esto para una sala de lectura ó de paseo. Se está aquí muy bien para pensar, y las magníficas columnas, que aun subsisten, son dignas de sostener la noble curva, la amplia redondez de la enorme bóveda. Siempre nos causa esta Roma la misma impresión: la de un cristianismo mal emplazado sobre el terreno del paganismo antiguo.

Un venerable cartujo, vestido de hábito gris, alsaciano y buen sujeto, nos ha conducido hasta el fresco del Dominiquino que hay en el coro. Es la vasta pintura, que representa el martirio de San Sebastián, de una extremada belleza, pero vista en conjunto. La intención visible es la de reunir una gran cantidad de actitudes. Se ve un hombre á caballo, muchos verdugos inclinados, unos delante, otros detrás, otro hay de rodillas escogiendo flechas; una mujer apoyada totalmente en una de sus piernas, como si fuese á correr, y otra arrodillada casi bajo los pies del caballo: todos estos personajes parece como que van á chocar unos con otros. En lo alto del cuadro, los ángeles, que llevan una corona, parecen nadar, como si encontrasen placer desplegando sus miembros. Las carnes son vivas; hay partes de cuerpo que recuerdan la manera de pintar de los venecianos. Además, muchas mujeres, que tienen la fisonomía más expresiva. Por doquiera, una especie de ale-

gría, de brillo extendido en la agitación y en el amontonamiento de cuerpos revuelos, de ropajes ondulantes y de bellas carnes luminosas. El efecto total es el de un grande y espléndido ambiente de valentía intentado y conseguido. Esta pintura tan mundana, es el acompañamiento de la restauración jesuítica.

El claustro de los cartujos, que está detrás, ha sido dibujado por Miguel Angel. Creo que hay pocas cosas en el mundo tan grandes y tan simples: la simplicidad, sobre todo, tan rara en los edificios de Roma, produce una impresión única é inolvidable. Un patio enorme, cuadrado y solitario, se descubre de una vez, encuadrado en columnas blancas que sostienen pequeñas arcadas. En lo alto luce graciosamente el rojo pálido de las tejas. Nada más; de cada lado, en ciento treinta pasos, se ve alzarse redondeada y descender elegante la bella curva de los arcos sobre fustes ligeros que no se causan de repetir su esbelta columnata. En el centro mana y ondula una fuente entre cuatro cipreses de doce pies de grueso, produciendo perpetuamente un murmullo sonoro y encantador, que hace venir á la mente y á los labios aquel verso de Teócrito:

Los cipreses que charlan, tu himeneo
se cuentan sin cansarse...

Su continuo susurro es un verdadero canto, y debajo de ellos, tan dulcemente como ellos, el agua canta en su tazón de mármol. No es posible dejar de mirar estos enormes troncos grises, cuya abundante savia agrieta por siglos y siglos su corteza; que de una vez ascienden en un haz de ramas, pero que enderezando y apretando sus vástagos, los guardan todos adheridos contra su

cuerpo. Su pirámide negruzca, de un color sano y fuerte, se mueve incesantemente y sube á lo alto en medio de la luz, recortando el claro azul del cielo. El patio, pantado de lechugas, de alcachofas y de fresas, rã en sus verdores nuevos y ve pasar á los cartujos silenciosos vestidos de túnicas blancas.

Nuestro buen monje, para complacernos del todo, absolutamente ha querido enseñarnos el tesoro del convento; quiero decir, la capilla de las reliquias. Es una especie de cripta que se ilumina con velitas de cera, cuya luz se aproxima un poco á las vitrinas. A la primera mirada se cree uno en un museo; todas las piezas tienen su etiqueta y hay trozos de todas las partes del cuerpo. Algunos esqueletos están enteros y se ven cartilagos y porciones de piel bajo las cintas que los adornan. En una vitrina, debajo del altar, hay una momia, San Liberio; enfrente un niño encontrado con su padre y su madre en las catacumbas. Nada se pierde en Roma: te ahí, toda viviente aún, la devoción de la Edad Media más tenebrosa, la que reinaba en el siglo XI cuando el rey Knut, viniendo á Italia, compraba por cien talentos de oro un brazo de San Agustín. Había comenzado esta devoción con la invasión de los bárbaros y duró hasta Lutero. Desde éste, con Pío V, Paulo IV y Sixto V, se había establecido una religión muy diferente, depurada / sabia, la que por medio de los seminarios, de la disciplina y de la restauración de los cánones, ha formado al sacerdote cual nosotros le conocemos, tal como nos lo ha mostrado el catolicismo noble y literato de la Francia del siglo XVII, es decir, regular en su conducta, de exterior correcto y decente, vigilado, vigilándose á sí mismo, especie de prefecto ó de

subprefecto moral, funcionario de una vasta administración intelectual que ayuda á los gobiernos laicos manteniendo el orden en los espíritus. Hay una enorme diferencia entre los papas guerreros, epicúreos y paganos de los comienzos del siglo XVI, y los papas devotos, piadosos y eclesiásticos de fines del mismo siglo; entre León X, vividor, alegre, gran cazador, aficionado á las farsas y juegos obscenos, rodeado de bufones, apasionado por las fábulas paganas, y Sixto V, antiguo fraile franciscano, que hizo demoler el *Septizonium* de Septimio Severo, que transportó el obelisco delante de San Pedro para hacerlo cristiano (1) y quiso despojar á Roma de todos los rasgos del paganismo.

Estamos de vuelta en Santa María de la Victoria para ver la *Santa Teresa* de Bernini. Es adorable, echada, desvanecida de amor, las manos y los pies desnudos y pendientes y los ojos medio cerrados: se ha dejado caer abrumada de felicidad y de éxtasis. Su rostro es delgado, pero ¡cuán noble! Es la verdadera gran dama que se ha secado «en los fuegos y en las lágrimas» esperando al que ella ama. Hasta los ropajes plegados y retorcidos, hasta la languidez de las manos desfallecientes, hasta el suspiro que muere en sus labios entreabiertos, nada hay en ella ni en su derredor que no exprese la angustia voluptuosa y el divino impulso de su transporte. No es posible expresar con palabras una actitud tan embriagada é impresionante. Vuelta sobre su espalda se extasia, todo su ser se disuelve, el momento

(1) Véase la inscripción referente á este hecho, en la cual se glorifica esta victoria sobre el paganismo y sus falsos dioses.

punzante llega, la santa gime, es aquel su postrer gemido, la sensación es demasiado fuerte. Al mismo tiempo el ángel, un joven paje como de catorce años, vestido con túnica ligera, que deja descubierto su pecho hasta debajo del seno, llega amable y gracioso; es el paje de un gran señor que viene á hacer la felicidad de un vasallo en extremo cariñoso. Una sonrisa medio complaciente, medio maligna, marca dos hoyitos en sus frescas mejillas lucientes; su dardo de oro en la mano indica el estremecimiento delicioso y terrible con que él va á sacudir todos los nervios de este cuerpo encantador, ardiente, que se ostenta bajo su mano. No se ha hecho jamás una novela tan seductora y tan tierna. Este Bernini, que me parecía tan ridículo en San Pedro, há encontrado aquí la escultura moderna fundada totalmente en la expresión, y para decirlo de una vez, ha dispuesto de la luz de modo que vierta sobre este delicado rostro pálido una claridad que parece la de la llama interior, de suerte que á través del mármol transfigurado que palpita, se ve lucir como una lámpara el alma inundada de felicidad y de arrobamiento.

El comentario de un grupo semejante se halla en los tratados místicos contemporáneos, en la célebre *Guía*, de Molinos, reimpresa veinte veces en doce años, y que de palacio en palacio, en esta Roma ociosa, conducía las almas por los senderos intrincados de una espiritualidad nueva, hasta el amor sin amante y más lejos aún (1). Mientras

(1) Véanse los artículos 41 y 42 de su interrogatorio: «En estos casos y otros que sin esto serían pecaminosos y culpables, no hay nada de pecado, porque no hay nada de consentimiento», etc.

la España exaltada se consumía en su catolicismo como un cirio en su llama, y por medio de sus pintores y sus poetas prolongaba el entusiasmo febril con el que San Ignacio y Santa Teresa la habían abrasado; la sensual Italia, quitando á la devoción sus espinas, la aspiró como una rosa abierta y en las bellas santas de su Guido, en las seductoras Magdalenas de su Guerchino, en las graciosas redondeces y las carnes rientes que pintaban sus últimos maestros, acomodaba la religión á las dulzuras voluptuosas de sus costumbres y de sus poesías. «Hay seis grados en la contemplación—decía Molinos,—y son: el fuego, la unción, la elevación, la iluminación, el gusto y el reposo... La unción es un licor suave y espiritual que se extiende por toda el alma, la instruye y la fortifica... El gusto es un sabor exquisito de la divina presencia... El reposo es una suave y maravillosa tranquilidad, donde la abundancia de la felicidad y de la paz es tan grande, que le parece al alma estar en un sueño suave como si se abandonara y descansara sobre el pecho divino amoroso... Hay muchos otros grados de la contemplación, como el éxtasis, los transportes, la licuefacción, el pasmo, el triunfo, el beso, los abrazos, la exaltación, la unión, la transformación, los esponsales y el casamiento» (1). Profesaba él todo esto y lo llevaba á la práctica.

En este mundo gastado y pervertido, donde el espíritu, exento de grandes y elevados intereses, no se ocupaba más que de intrigas y de apariencias, la parte pasional é imaginaria del alma no encontraba otro desahogo ú objeto que la conversación sentimental y galante. Desde el amor te-

(1) *Guía espiritual* (año 1675), libro II, pág. 183.

restre se pasaba, en sobreviniendo los remordimientos, al amor celestial, y al cabo de algún tiempo bajo una doctrina semejante, se experimentaba que del amante al director nada había cambiado, no mediaba la menor diferencia.

He leído últimamente el *Adonis*, de Mariani, y en este poema, el más popular de su siglo, es donde puede verse más claramente que en otra parte la gran transformación de los sentimientos, de las costumbres y de las artes. Aparece ya en la *Armida* y en la *Aminta* del Tasso. ¡Qué contraste, si se le pone en frente la trágica *Leda* de Miguel Angell! ¡De qué manera todo se ha inclinado de la parte de la gracia y de la dulzura! ¡Qué de prisa se ha descendido hasta la insípidez y la afectación! ¡Cómo se ve llegar las costumbres de los petimetres!

Este poema de veinte cantos parece hecho para ser inspirado por un bello adolescente á los pies de una dama ociosa, bajo las columnatas de una quinta de mármol, en las tibias noches del estío, entre los susurros de los saltos de agua que murmuran junto á los perfumes de las flores languidecientes aún por el calor del día. Hablan ellos de amor, y en diez mil versos no hablan de otra cosa. El magnífico aparato de las fiestas galantes y de los jardines alegóricos, la seductora é inagotable novela de las aventuras amorosas, se infiltra en su espíritu como los olores demasiado fuertes de las rosas innumerables amontonadas alrededor de ellos en grandes ramilletes. Su corazón se sumerge en esta voluptuosidad universal. ¿Qué pueden hacer mejor y qué les queda que hacer después? La energía viril se ha disuelto; bajo la minuciosa tiranía que prohíbe todo vuelo al pensamiento y á la acción, el hombre se afe-

mina, no sabe querer y no piensa más que en gozar. A los pies de una mujer olvida todo lo demás; una falda ondulante que arrastra es bastante para sus sueños. En cambio su alma debilitada ha perdido todo acento noble y masculino, porque no desea más que amar, pero no sabe amar; es á la vez dulce y grosero, no es capaz más que de descripciones licenciosas ó de adoraciones insípidas, no es más que un galanteador de gabinete y un sirviente de *boudoir*.

Con su sentimiento, su palabra se degrada, deslie su idea y la carga de afectación; abundando en exageraciones y conceptos, se ha formado una jerga con la cual habla sin tino. Para colmo, es hipócrita, pone á la cabeza de sus cantos más escabrosos una explicación sabia y filosófica, á fin de probar que sus indecencias son morales y para desarmar la censura eclesiástica, á la cual tiene mucho miedo. Amor profano, amor sagrado, todo cae al mismo nivel en el siglo XVII, y en Bernini como en Marini, la gracia amanerada y descuidada deja notar el rebajamiento del hombre, excluido de la vida viril y reducido al culto de los sentidos.

El día lo hemos acabado en los jardines del Quirinal, que han sido hechos por un papa de aquel tiempo, Urbano VIII. Están sobre una colina y se escalonan desde la cumbre hasta lo más bajo de la pendiente. Parecíanos pasear en un paisaje de Perelle: altos plantíos de árboles, cipreses cortados en forma de vasos, platabandas bordadas de boj formando dibujos, columnatas y estatuas. Tiene el jardín la regularidad fría y la grave corrección del siglo, la que con el establecimiento de las monarquías bien aseguradas y de la administración decente, se extiende sobre todas

las artes de Europa. En esta época la Iglesia es, como la realeza, un poder indiscutido que representa toda la dignidad, seriedad y conveniencia á los ojos de sus sometidos.

Pero estos jardines así extendidos son más convenientes en Italia que entre nosotros los franceses. Los plantíos y paseos son de laureles y de bojés, que permanecen verdes durante el invierno; las carrascas, que no pierden jamás su verdor, forman en todo tiempo una sombra espesa; las murallas de arbustos de larga vida detienen bastante el viento. Las aguas que manan por todas partes, atraen la vista por su movimiento y conservan la frescura en los paseos. Desde las bañaustradas se ve toda la ciudad, San Pedro y el Janículo, cuya línea sinuosa ondula en la púrpura de la tarde. Para un papa, sus dignatarios eclesiásticos, que son ya de edad y graves, y que se pasean vestidos con sus hábitos, estas alamedas regulares y esta decoración solemne son lo más á propósito. En primavera es delicioso pasear por aquí una hora bajo los rayos tibios del sol, ante la gran arcada de cristal que el claro cielo extiende por cima de estos sitios. Se baja en seguida por grandes escalinatas ó por pendientes muy dulces hasta el pilón central, donde cincuenta caños de agua que salen de los bordes vienen á reunir sus aguas azuladas. Al lado una rotonda llena de mosaicos ofrece bajo su bóveda el placer de la frescura y de la sombra. Estos ruidos, esta agitación del agua, estas estatuas, este gran horizonte enfrente de esta sala de verano, sirven de distracción y dan descanso al espíritu fatigado por los negocios. Un día se añade un grupo estatuario, otro día se corta ó se planta un macizo; el placer de edificar es el único que resta á un prín-

cipe, sobre todo á un príncipe viejo, cansado ya de ceremonias.

20 de Marzo

Santa María la Mayor, San Juan de Letrán

Mis amigos me dicen que hay que abandonarse á sí mismo en adelante, gustar las cosas en ellas mismas, no pensar en su origen y dejar quieta la historia. Muy bien; les sobra razón hoy, pero esto es lo que agrada.

Estos días se va al azar, ante sí mismo, por las calles y se mira hacia el azul del cielo. Ni una nube en él. Luce y triunfa el sol, y la cúpula azulada, purísima, toda radiante de claridades matinales, parece dar á la ciudad sus días de fiesta y de gloria. Los muros y los tejados se destacan con fuerza extraordinaria en el aire diáfano. A lo lejos se sigue la arcada del cielo limitado entre dos filas de edificios. Se avanza más sin pensarlo y se encuentran á cada vuelta decoraciones de teatro hermosas y nuevas, por ejemplo, un enorme palacio macizo apuntalado, sobre adornos de almohadillado en piedra, una calle en cuesta que descende, que se endereza hasta el lejano obelisco y que herida oblicuamente por el sol, envuelve á sus personajes y transeúntes, como lo haría un cuadro, en una alternativa de luz y de sombra; luego un antiguo palacio desmantelado, del que se ha hecho un museo, donde dragones rojos duermen apoyados contra un muro gris, donde florecen almendros blancos al lado de un pino parasol cubierto sobre un montecillo verde;

una plaza donde murmura ancha fuente, iglesias á la izquierda, majestuosas y adornadas como novias opulentas, sonriendo en el esplendor del azul del cielo, y enfrente un paseo transversal, cuyos árboles empiezan á reverdecer. Al fin, una interminable calle solitaria entre los muros de un convento cualquiera ó de una quinta invisible; sobre las alturas flores colgantes, acá y allá los escudos agrietados por la invasión de los aleties y del moho, toda la calle partida en dos por la sombra negra y la luz deslumbradora; á lo lejos, en el aire trasparente, una puerta monumental, es la Puerta Pia; de allí se ve la campiña gris y en el horizonte la nieve sobre las aristas de las montañas.

Al volver hemos seguido esta calle que sube y baja, flanqueada por palacios y viejos setos de espinos, hasta Santa María la Mayor. Sobre una amplia eminencia está la basilica coronada por sus cúpulas; se eleva gallardamente y á la vez noble y completa, y cuando en ella se ha entrado, el placer que proporciona desde que se la distingue es aún más vivo. Este templo es del siglo V, y cuando más tarde fué reedificado, se observó el antiguo plan general y toda la idea primitiva. Una ancha nave con bóveda horizontal se abre sostenida por dos hileras de columnas de orden jónico. Complace grandemente el efecto soberbio conseguido por medios tan sencillos y se creería uno en cualquier antiguo templo griego, porque estas columnas fueron sacadas, según se dice, de un templo de Juno. Cada una de ellas desnuda y pulimentada, sin otro ornamento que las delicadas volutas de su capitel, no muy grande, ofrece una belleza sana y encantadora. Allí se siente bien todo el buen gusto y todo el asiento de la

verdadera construcción natural; esto es, la fila de troncos de árboles que sostienen vigas puestas de plano y forman una cruja. Todo lo que después se ha edificado es bárbaro, y principalmente las dos capillas de Sixto V y de Paulo V con sus pinturas del Guido, del Josefino y de Cigoli, con sus esculturas de Bernini y su arquitectura de Fontana y de Flaminio. Hé ahí nombres célebres y mucho dinero que pródigamente les fué facilitado, pero mientras con los medios sencillos de la antigüedad se conseguía un gran efecto, lo moderno lo causa insignificante disponiendo de poderosos y múltiples medios. Cuando está el espíritu lleno y deslumbrada la vista por las pomposas redondeces de estas bóvedas y estas cúpulas, por los esplendores de estos mármoles de tan vario color, de estos frisos y de estos pedestales de ágata, de estas columnas de jaspe oriental, de estos ángeles colgados por el pie y de estos relieves de bronce dorado, se tiene prisa por salir, como de una tienda ó de una confitería. Parece que esta gran caja resplandeciente, dorada, trabajada desde el ingreso hasta la linterna de la cúpula, ha colgado y luego desgarrado por todos los puntos de sus adornos la tela delicada de la imaginación soñadora, y el esbelto perfil de la menor columna os conmueve más que todo este aparador de tapicerías y de galas vulgares. Igualmente la fachada, llena con exceso de balastradas, frontones curvos y agudos, estatuas alineadas sobre las piedras, parece ser la parte delantera de un palacio municipal. Tan sólo el campanario, obra del siglo XIV, es agradable á la vista. En aquel tiempo era una de las torres de la ciudad, el signo distintivo que la señalaba en los antiguos planos tan negros y tan rudos y la

grababa para siempre en el pensamiento, del todo material todavía, del compañero de viaje y del monje. Hay rasgos de todas las edades en estas basílicas antiguas: se ven en ellas los diversos estados del cristianismo, al principio imbuido en las formas paganas, después atravesando la Edad Media y el Renacimiento para vestirse al fin y aderezarse con los adornos modernos. La misma edad bizantina ha dejado su sello en los mosaicos de la gran nave y del ábside, en sus Cristos y sus Vírgenes vacías de sangre y de vida, espectros de grandes ojos fijos, inmóviles sobre fondos de oro y sobre paredes rojas, fantasmas de un arte agotado y de un mundo desvanecido.

He ahí cerca á San Juan de Letrán, todavía más desfigurado: el techo ha quedado horizontal, pero las columnas antiguas han desaparecido para dejar su sitio á pilastras recubiertas y á grandes arcadas. Bernini puso doce estatuas colosales de los apóstoles, grandes y alegres figurones de mármol blanco, alojados en hornacinas de mármol verde, y que parecen agitarse con posturas de matón y de modelo de academia. El movimiento de sus ropajes y su gesto rebuscado, están diciendo al espectador: «¡Eh! mirad cuán notables somos.» Es este el mal gusto del siglo XVII, ni pagano ni cristiano, ó mejor dicho, lo uno y lo otro y cada uno maleando al otro. Unid á esto los dorados de la techumbre, los festones y los rosetones del presbiterio, las alegres capillas, una, la de los Tortonía, nueva completamente, admirable gabinete de gran señora, hecho de mármol y bueno para tomar el fresco; blanca, bordada de oro bajo una preciosa cúpula llena de artesonados, adornada con elegantes estatuas muy natu-

rales, muy sentimentales, también bastante insipidas y demasiado semejantes á figurines de modas. A su lado inmediato se abre la capilla de Clemente XII, más grande y suntuosa; al menos en ella las figuras de mujer tienen espíritu, religión y finura; son las damas del siglo XVIII conocedoras de su mundo, capaces de mantener su rango; no son las burguesas de *Keepsake*, empeñadas en tener espíritu. Pero las dos capillas son salones y no otra cosa, la una para los encajes, la otra para las crisolinias. A modo de contraste y á la vez de complemento, se nos ofrece el altar mayor, donde están, ó así lo aseguran, las cabezas de San Pedro y de San Pablo. «Sobre este mismo altar—nos dice muy sereno un clérigo joven—¡decía San Pedro la misa!» En un momento, y de paso, he entrado en Santa Pudenciana y he visto el cubo de un pozo donde la santa recogía la sangre de más de treinta mil mártires.

Al lado de San Juan de Letrán hay una capilla con tres escalinatas. Una de ellas procede del palacio de Pilatos, en Jerusalén; la han recubierto de madera y los devotos la suben de rodillas: acabo de verlos tropezando á empujes bruscos y gateando; así tardan una media hora en subir hasta lo alto, agarrándose con las manos á los muros para impregnarse de la santidad del lugar. Hay que ver su seriedad, su mirada fija... Sobre todo un campesino vestido de pantalón y chaqueta azules, bastante destrozados y con zapatos de gruesos clavos, tan inculto y basto como los mismos animales, golpeaba y hacía temblar la madera de los escalones con sus rodillas, y cuando las roturas de una tabla dejaban ver el mármol de la escalera, el campesino besaba una y otra vez el sitio descubierto. En la cima de la escalinata hay

una imagen tras de su reja entre dos cirios: aquella reja es incesantemente besada. Un cartel allí fijado contiene cierta oración de unas veinte palabras á lo más: todo el que la reza gana cien días de indulgencia. El mismo cartel recomienda aprenderla de memoria para rezarla lo más frecuentemente posible y aumentár así el fiel su provisión de indulgencias. Se cree uno en pleno país budhista: dorados y lujo para las gentes mundanas, reliquias para los del pueblo; al cabo de doscientos años aun se entiende de este modo la religión y el culto en Italia.

Todas estas ideas se desvanecen cuando se contempla desde la entrada de la basílica la majestuosa grandeza de la nave principal, blanca por completo bajo los dorados de su bóveda. El sol, que descende, atraviesa las ventanas y se esparce por el piso en grandes caídas de luz. El ábside, cubierto de mosaicos antiguos, proyecta sus redondeces de oro y de púrpura entre las blancuras deslumbrantes de los rayos lanzados como haces de flechas. Se avanza y de una vez se ve desde el peristilo cómo se despliega la admirable plaza. No hay nada igual á ella en Roma ni puede imaginarse un espectáculo semejante, más simple, más grave y más bello: primero la plaza en pendiente, enorme y desierta; más allá una explanada en donde crece la hierba, tan poco es el tránsito de la gente por allí; después una larga alameda verde en la que se extienden filas de árboles sin hojas, y allá en último término, sobre el cielo, una gran basílica, la de Santa Cruz, con su campanil obscuro y sus techumbres de tejas. No se tiene fácilmente idea de una extensión tan grande de espacio, tan poblada y de una soledad tan tranquila y tan noble. Los paisajes que la en-

cuadran sobre los dos flancos todavía le dan mayor grandeza. A la izquierda se hiergue un amontonamiento rojizo de arcadas ruinosas y de macizos desmantelados, antiguo cinturón, dislocado ya de la muralla de Belisario. A la derecha se extiende la ancha campiña, en medio un acueducto iluminado por el sol, á lo lejos montañas listadas y azuladas, veteadas de grandes sombras y acá y allá manchadas por algunas quintas muy blancas. El aire luminoso envuelve todas estas grandes formas; el azul del cielo es de una dulzura y de un brillo divinos, las nubes flotan pacíficamente como blancos cisnes, y de todas partes entre los ladrillos enrojados bajo los almenados casi deshechos, en medio de la red de cultivos, se ven levantarse en ramilletes multitud de encinas, de cipreses y de pinos iluminados por el sol.

He permanecido una hora sobre la escalera del *triclinium*, especie de ábside aislado que flanquea la plaza. La hierba crece y desune los escalones; los lagartos salen de sus agujeros y vienen á calentarse al sol puestos sobre el mármol. No se oye ruido alguno; de tiempo en tiempo una carreta y algunos asnos atraviesan el suelo abandonado. Si hay en el mundo un lugar propio para que reposen las almas fatigadas, para adormecerlas insensiblemente, para acariciarlas por medio de sueños melancólicos y grandiosos, es este retiro delicioso. Ha llegado la primavera; luces amarillas se posan sobre los asientos de piedra y el nuevo sol brilla con una gracia inefable, extendiendo su bondad sobre el aire entibiado dulcemente. Los brotes salen de su envoltura y estos grandes edificios de piedra, relegados á un rincón de Roma olvidado y oculto, parecen, como unos

desterrados, haber adquirido en su soledad una serenidad armoniosa que atenúa sus defectos y aumenta su dignidad. Al primer golpe de vista la fachada es notable; sus arcadas cortadas en el medio como lugares muy altos de los cuales se hacen dos pisos; sus columnas reunidas; su balaustrada llena de santos que se mueven y descuellan como actores en un *final* de acto, la decoración toda parece ampulosa y enfática. Al cabo de una hora los ojos se han acostumbrado, se deja uno llevar á las impresiones de bienestar y de belleza que salen de todas las cosas; se ve que la iglesia aquella es rica y sólida, se piensa en las procesiones pontificales que en determinados días se despliegan bajo su bóveda y se la compara á cualquier arco de triunfo erigido para recibir dignamente al César espiritual, sucesor de los Césares romanos.

Las calles, San Andrés della Valle,

Santa María in Transtevere

Trescientas cuarenta iglesias hay en Roma; no me exigirás que las visite todas.

Lo mejor, á juicio mío, es entrar en la iglesia que se encuentra uno al paso cuando tenga deseo: en Santa María sopra Minerva, para escuchar unos cantos que resuenan en la soledad de las naves y ver una amplia onda de luz que cae de los vidrios color violeta; en Santa María del Monte, para ver el *Descendimiento de la Cruz* tan célebre de Daniel de Valterra y sobre todo para lanzar de paso una ojeada sobre el patio de este convento

de monjas, parecido á una fortaleza cerrada, amurallada, muda, por cima del tumulto de la plaza de España. Se sale de allí con gran acopio de ideas vagas ó comienzo de ideas que se encabritan y se desarrollan sordamente por sí mismas. Todo este reducido pueblo interior trabaja como en sus capullos los gusanos de seda que hilan sin cesar; la tela, continuamente aumentada, acaba por completarse y recibir en sus mallas los acontecimientos corrientes, los sucesos vulgares, un detalle que al pronto pasa sin ser notado y que sin embargo merece gran interés. Desde entonces todos estos objetos se aunan, se fijan, forman un conjunto; nada hay que no tome su puesto. Por ejemplo, hay bajo esta banda de azul y de luz abundante y sedosa, tendida como un dosel sobre las calles, el viejo polvo gris que con sus venerables lunares mancha las fachadas de las casas; estos pilones de sus nidos; estas barras roídas donde generaciones de arañas heredan las telas de sus antepasados; estos corredores negros donde sólo el viento ha movido el polvo; estos llamadores despintados que han concluido por desgastar el botón de hierro sobre el cual golpean; estas frituras que se doran en una grasa negra al pie de una columna desconchada; estos arrieros que llegan á la plaza Barberini con sus bestias cargadas de leña; sobre todo, estos campesinos vestidos de lana azul y calzados de gruesas polainas de cuero, que delante del panteón se agrupan silenciosamente, parecidos á animales salvajes vagamente espantados por la novedad de la población. No tienen ellos el aire estúpido de nuestros campesinos, mejor parecen lobos ó tejones cogidos en el cepo. Hay entre ellos muchas cabezas correctas y vigorosas, que se destacan al momen-

to entre las de los soldados franceses (1), más delicados y más gallardos. Uno de estos paisanos, con sus largos cabellos negros y su rostro noble y pálido, tiene el aspecto del *Suonatore*, de Rafael; sus sandalias, atadas á sus pies por cintas de cuero, son lo mismo que las de las estatuas antiguas. Ha engalanado con una pluma de pavo real su pobre sombrero gris abollado, y se contonea con aire de emperador, apoyado en un pilón, que es un depósito de desperdicios. En las mujeres que miran y se muestran en las ventanas, se ve en seguida la mezcla de dos tipos. El uno de cabeza enérgica y barba cuadrada, una cara fuertemente apoyada sobre su base, ojos negros llameantes y mirada fija: la nariz es saliente, la frente arqueada, el cuello corto y las espaldas anchas. El otro tiene la cabeza de camafeo, delicada y amorosa y el contorno de los ojos finamente dibujado; los rasgos espirituales, puramente marcados, hacen la expresión delicada y muy dulce. Los despachos de lotería están llenos de gente que lee los números fijados en las vidrieras. He ahí la gran preocupación de estas gentes: calculan ambos y ternos; sueñan sus números; sacan indicios y pronósticos para la suerte de la cifra de su edad ó del número del mes; discuten razonando sobre la forma de las cifras; tienen presentimientos, hacen novenas á la Virgen y á los santos; su cerebro imaginativo trabaja, se puebla de sueños, desbórdase de un golpe del lado del miedo ó de la esperanza. Vedlos de rodillas; este exceso de deseo ó de temor es su única religión.

Esta manera de sentir es antigua. Acabamos

(1) Cuando el autor escribió, un ejército francés ocupaba los Estados Pontificios.—(N. del T.)

de entrar en San Andrés della Valle, para ver las pinturas de Lanfranco, y sobre todo los cuatro evangelistas del Dominiquino. Son muy bellos, pero del todo paganos, y sólo hablan á la imaginación pintoresca. San Andrés es un Hércules viejo. Alrededor de los evangelistas descuellan soberbias figuras alegóricas de mujer: la una, con los pechos y las piernas desnudas, levanta sus brazos al cielo; la otra, llevando en la cabeza un casco, se inclina con la más alta arrogancia. Al lado de San Marcos, niños juguetones se entretienen con el enorme león, y desde abajo, entre los abundantes ropajes, un poco levantados, se ven en los pliegues los muslos desnudos de los ángeles. Realmente, el espectador no venía aquí á buscar otra cosa que gestos atrevidos, cuerpos fuertes y potentes, capaces de mover las simpatías de un atleta gesticulador. No queda defraudado ni asombrado; al contrario, el santo se lo representa todo lo robusto y noble que es posible imaginarlo, y así él se lo figuraba. Si fuerais súbdito de un príncipe que reside en Ultramar, personaje á quien nunca hubieseis visto, pero por cualquier medio maravilloso pudiese mataros ó haceros rico á su voluntad, seguramente que os lo figuraríais con rasgos parecidos.

No tengo gran cosa que decírte de Santa María in Transtevere ni de otra iglesia; las impresiones ya recibidas se repiten. Una doble hilera de columnas, sacadas de un templo antiguo; un techo plano con prolijo artesonado y molduras de oro; una *Asunción*, del Guido, colocada á mucha altura y deslucida por el conjunto excesivo de dorados; un ábside circular, en el que sobre fondo de oro se destacan antiguas figuras rígidas, estatuas de muertos acostadas gravemente y durmientes para siempre sobre sus tumbas, he ahí lo que

es Santa María de Transtevere. Cada iglesia tiene, pues, su carácter propio ó alguna pieza notable. En San Pedro in Montorio esta pieza es una *Flagelación*, de Sebastián del Piombo; las actitudes esculturales, los cuerpos vigorosos, los músculos tendidos y torcidos del paciente y de los verdugos, recuerdan que fué Miguel Angel quien sirvió de consejero al pintor y frecuentemente fué su maestro. En San Clemente, que es una iglesia hundida y poco hace desenterrada, entre columnas de verde antiguo, bajo la claridad de una antorcha, se ven pinturas que pasan por ser las más antiguas de Roma, rígidas y tristes figuras bizantinas, una Virgen cuyo pecho cae como el de una bestia que está criando. En San Francesco á Ripa hay una decoración interior de dorados y mármoles, la más fastuosa y exagerada que puede verse, construída en el siglo XVIII por los gremios de zapateros de viejo, fruteros y molineros, llevando cada trozo el nombre de la corporación que lo ha costeado. Hay también en cada calle un fragmento curioso de historia. Y no es menos admirable el contraste de la iglesia y de sus alrededores. Al salir de San Francesco á Ripa se tapa uno las narices, tan fuerte es el olor á bacalao; el Tíber amarillento se desliza entre restos de pilares cerca de grandes construcciones pálidas, delante de las calles oscuras y muertas. A la vuelta de San Pedro in Montorio he hallado un barrio indescriptible, horrendas calles y callejuelas infectas, pendientes duras flanqueadas de tabucos, pasadizos grasientos poblados de insectos humanos, viejas amarillentas ó plomizas que fijan sobre el transeunte sus ojos de bruja; chiquillos que se sientan sobre los talones en plena seguridad á la manera de los perros y los imitan en el piso de

la calle sin la menor vergüenza; pillastres vestidos con andrajos y fumando apoyados en las paredes, turba sucia y revoltosa que se agrupá ante las freidurías. De alto á abajo de la calle corren los arroyos de aguas sucias y desperdicios de cocina, manchando con su fango negruzco los suelos de guijarros puntiagudos. En lo bajo está el puente de San Sixto; el Tíber no tiene muelles y las casuchas rezumantes bañan sus escaleras desvenecijadas como trapos viejos terrosos lavados en el lodo. Dorados y casuchas, costumbres y fisonomías, gobierno y creencias, presente y pasado, todo esto hay á la vista, y al cabo de un instante se dejan sentir todos estos motivos de sujeción y dependencia.

FIN DEL TOMO PRIMERO